

Hartazgo al uso

Y así que mi socio y yo tenemos por celebrar de buena manera los felices acontecimientos que en nuestros negocios nos vengan, por muy que tarden por ser los tiempos penosos y no haber dineros sino gana de tenerlos. Y contrito digo que si bien grande esta gana es, por contra poco festejo nos venimos dando. Pues sepan que nuestra ocupación es la del mucho vigilar otras gentes que son sospechas de comportamientos extraños o porque se malicia el que pudieran haberlos. Y las más veces ocurre que son maridos astados con aprietos de pasar por puertas bajas los que piden auxilio o, mire usted, son las sus esposas que rumian y cavilan si negocios hay de sus esposos con aquellas que no son propiamente ellas. Y por riesgo de los grandes males que resultar pudieran de pesquisas equivocadas, nuestra ocupación ha de ser harto discreta y grande cuidado habíamos de procurar al hacer juicio.

Y así estábamos en disertación de estas graves cuestiones, cuando quedamente sonó a la puerta. Y no era alguacil sino una deudora de trabajos que habíamos prestamente acometidos, y cierto que al peso de la bolsa que traía, debió ser a su entera satisfacción. Y por tener los futuros inciertos y además grande hueco bajo el esternón hicimos de ir a bien comernos la resulta de nuestras diligentes averiguaciones.

Y en claro exceso nos dejamos pues caer en cierto mesón frecuentado por los muchos obispos, duques y otras buenas gentes que en esta ciudad son. Y asentados a la mesa veíamos los muy serios gestos de los que allí estaban dando cuenta de lo servido. Y lo servido lo era en platos tan grandes como el vacío que en ellos había, pues grande dificultad había en encontrar siquiera un pellizco de los condumios que en las cocinas se hacían. Y mientras el mozo servía su patrón narraba con grande excelencia y adornos las virtudes de aquella poca comida, a lo que la parroquia asentía y mostraba grande placer haciendo como que algo tragaba. Porque comer poco lo hacían, que lo servido en una sola cuchara cabía.

Y vino aluego un mengano, tan bien aparejado que hacía nuestra indumentaria hartamente justa y pobre, a preguntar si los señores, nos, deseábamos participar en ese Parnaso gastronómico de exquisiteces sin par. Hicimosle ver, de forma queda y como en secreto, que allí éramos a bien comer y quedar tan hartos que el ombligo saliese afuera, y que los remilgos y mohines se los comieran otros. Y partió el muchacho con enfado y cara de decir ahí nos veamos pues. Y así que nos vimos, que a la vuelta traía los enormes platos tan vacíos que dentro había menos que poco y parecía broma. Y todos allí nos miraban como de preguntas si nos placía la pitanza. Y por no mostrarnos como éramos, hicimos grande teatro con grandes mascaradas de aire, que otra cosa no había, y poníamos los ojos en blanco. Y mi socio más aire tragaba mayores regüeldos le venían, y más procuraba contenerlos que más ganas le iban en ello.

Y tanto fue así que los vientos que comió en tempestades volvieron y de aquel funesto mesón las nuestras personas fueron huidas con grande lluvia de platos que bien dolían en las espaldas. Y es que los finos comensales volviéronse bestias fieras por defender su disimulada alcurnia.

Y muy de aire comidos y soltando reniegos por la gastronómica burla que nos habían servido, partimos a la busca de cuernas con las que llenar nuestras bolsas y, así lo prometimos, nuestras barrigas.

Guillermo Rodríguez de Lema Blanco